

EL BILLETE DE MIL

«¡YA ESTOY HARTA de tanta miseria!»

Se puso el abrigo, viejo y raído, y abrió la puerta de una sacudida. Al otro lado del rellano la vecina esparcía cera sobre el parqué de la entrada. Cuando se dio cuenta, la otra ya la había visto.

—¡Qué guapa estás...!, te has pintado hasta los ojos... —se había enderezado sobre las rodillas y se la miraba embobada— y te has rizado... Si yo tuviera tus cabellos... ¿Tardarás mucho?

—No lo sé. Me voy a ver a mi amiga Isabel, que está muy enferma —dijo cerrando la puerta con dos vueltas de llave. La claridad de la calle la sorprendió aun cuando la tarde ya iba hacia su ocaso. De pronto, sintió una especie de debilidad en las piernas, como si la voluntad fuera a abandonarla..., pero estaba bien decidida. Nada la detendría. El primer hombre que pasó por su lado dio un silbido y se quedó plantado mirándola. «Me he pintado demasiado los ojos. Debo de parecer... ¡exactamente lo que quiero parecer!»

A aquella hora pasaba poca gente por el boulevard Rochechouart. En la esquina de la calle Dunkerque estaba, como siempre, Zuzanne con la carreta de las flores: envolvía claveles en papel transparente. «¡Que no me vea, tan pintada!» Acababa justamente de pensarlo cuando Zuzanne levantó la cabeza.

—Buenos días. ¿No quiere ninguna flor, hoy?

Se hubiera llevado todas las de la carreta. Los claveles debían de estar recién cogidos y los manojos redondos de violetas de Parma parecía que esperaran señoras vestidas de gris con velos en los sombreros para que se las llevaran a morir en jarros de cristal en el interior de habitaciones limpias con luz dulce y butacas de terciopelo.

—Luego, cuando vuelva a pasar.

Apretó el portamonedas vacío contra el pecho. Alguien la seguía. En un cristal de escaparate vio al hombre que hacía un momento había silbado y se había vuelto a mirarla. Esperó encontrarse delante de otro escaparate para verlo mejor. Se detuvo.

El corazón le latía y no sabía qué hacer para mirarlo sin que él se diera cuenta. Era como si los ojos le molestaran. Se los había pintado demasiado. ¿Puedo invitarla a tomar algo?

Había podido ver, a pesar del malestar que le causaba, que era joven, delgado. Llevaba una gabardina y un sombrero verde botella. Sin contestarle volvió a caminar. Cuando llegó a la plaza Pigalle cruzó dirigiéndose al centro, miró un rato las revistas de un quiosco de periódicos y se dirigió a la boca del metro. Se detuvo y se apoyó en la barandilla. De pronto, cuando ya creía que había perdido al hombre que había silbado, lo vio atravesar la calle. Todos los hombres la miraban. Con un gesto enérgico se sacudió el cabello... y sintió una voz cálida junto al oído.

—¿Quieres venir?

Lo miró de hito en hito, calculó y dijo bajito, pero decidida: «Quinientos».

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No veía nada. Un músculo de la pierna le palpitaba sin cesar y le dolía la cabeza. Él la cogió del brazo y con voz oscura murmuró:

—Vales el doble. ¡Mil!...

Apretaba el portamonedas contra el pecho. Tenía los labios despintados y algo lívidos. Con un brusco gesto de cabeza apartó los cabellos de la frente. Y dijo mirando las violetas:

—Un ramito. Aquel de detrás de todo. Es el más bonito.

Zuzanne sonrió:

—Cójalo usted misma.

Adelantó la mano tímidamente y lo cogió. Estaba junto a dos manojos de claveles blancos. Zuzanne lo envolvió con aquel papel transparente que todavía hacía a las flores más misteriosas y ella sacó el billete de mil del portamonedas. Zuzanne se lo miró.

—No sé si tendré bastante cambio...

Le dio las violetas, cogió el billete y lo dejó extendido sobre las flores. Empezó a rebuscar en la cartera.

—No, no tengo bastante. Voy hasta la panadería y vuelvo enseguida.

Mientras esperaba, una señora se detuvo delante de la carreta.

—¿A qué precio están los claveles?

—No lo sé. Espere un momentito. La vendedora ha ido a buscar cambio y volverá enseguida.

Era una señora de mediana edad. Tenía las mejillas redondas, maquilladas de un color rosa tierno.

—Serán frescas, las flores, hoy. Si las violetas de Parma olieran tal vez me decidiría a comprar, pero mi hijo, ¿sabe?, tiene delirio por los claveles. Es bonito su ramillete... ¿Muy caro?

Iba a contestarle en el momento en que Zuzanne llegaba. Se rascaba la mejilla con un dedo y mirando el billete dijo:

—Su billete es falso. ¿Ve? Se conoce en estas rayitas: tendrían que ser bien moradas y son azuladas. Si sabe quién se lo ha dado aún lo podrá devolver.

Dejó las violetas en el mismo lugar de donde las había cogido. Junto al gran montón de claveles blancos. Zuzanne le dijo:

—No se preocupe, ya me pagará otro día..., lléveselas...

—No, no; gracias.

Caminaba deprisa con el billete doblado en la mano. Una bocanada de líquido le subió del estómago a la garganta, tan ácido que le hizo cerrar los ojos. Respiraba con la boca cerrada, profundamente. Entró en el piso. Había olor a sofritos: debía de llegar del patio. Metió el billete dentro de un sobre y lo clavó con cuatro chinchetas debajo del último cajón del armario de luna. Con la mano se tocó la mejilla: ardía. Miraba la pared fijamente: nunca se había dado cuenta de que los ramos del papel tuvieran la vaga forma de un cisne. El músculo de la pierna le volvía a palpar: «¿Y ahora qué?». De pronto se agachó y desclavó el sobre de una sacudida. Cuando tuvo el gas encendido acercó a él una esquina del billete y esperó a que se quemara. Los dedos le dolían de tanto apretarlo. Después fue al recibidor, se quitó el abrigo, lo colgó y empezó a hacer la cena. Su marido no tardaría mucho.